

Historia del rito de la distribución de la comunión

Abad Martin Lugmayr¹

I - Observación preliminar

El historiador puede intentar exponer los acontecimientos del pasado, situarlos en un contexto más amplio y dar a conocer sus causas. Solo puede explicarlos realmente o interpretarlos si muestra un interés personal por un ámbito determinado, si comprende las relaciones internas y propias de ese ámbito y si puede implicarse personalmente en el estudio de su desarrollo². Quien no tenga ningún interés por la política difícilmente podrá escribir una historia de Inglaterra o de Francia. Quien excluye la posibilidad de los milagros se cierra a sí mismo el acceso a la historia de Israel, a la de Nuestro Señor Jesucristo o a la de la Iglesia. No como historiador, sino como mal filósofo. ¿Qué consecuencias se derivan de estas reflexiones para nuestro tema? La historia del rito de la comunión no puede considerarse únicamente desde el punto de vista histórico. Puesto que por un lado está el Santísimo Sacramento y por otro el hombre, la comprensión del rito que conduce a la comunión con los fieles del Señor presente en el sacramento debe tener en cuenta tanto los misterios de la fe eucarística como las realidades que dependen de la relación existente entre Dios y el hombre y de la expresión simbólica de esta realización.

II - El testimonio del Nuevo Testamento

No disponemos, en la Sagrada Escritura, de un relato detallado sobre la manera de recibir la comunión. Y, sin embargo, se pueden hacer algunas observaciones interesantes.

De las palabras de Cristo: «Tomad y comed: esto es mi Cuerpo» (Mt 26, 26) se ha concluido que «tomar» excluía «recibir», lo cual debía tenerse en cuenta en un rito posterior³. A esto se puede responder: en primer lugar, san Lucas subraya que el Señor entregó su cuerpo a sus discípulos (Lc 22, 19); en segundo lugar, las insuficiencias de las traducciones a lenguas vulgares se convierten

¹ Conferencia pronunciada en el II coloquio del C.I.E.L., octubre de 1996.

² «La palabra “inter-pretación” nos pone sobre la pista misma de esta cuestión: toda interpretación exige un “inter”, una penetración, una interposición, un acompañamiento de quien interpreta. La objetividad pura es una abstracción absurda. El no participante no experimenta nada; solo hay conocimiento si hay participación». J. Ratzinger, «Schriftauslegung im Widerstreit. Zur Frage nach Grundlagen und Weg der Exegese heute», en *Schriftauslegung im Widerstreit*, ed. por J. Ratzinger, Friburgo de Brisgovia, Herder, 1989, aquí p. 23.

³ Efectivamente, la Congregación para el Culto Divino autorizó, en una carta redactada en francés que acompañaba a la instrucción *Memoriale Dei*, a los fieles a tomar el cuerpo del Señor directamente del copón («Se podrá, sin embargo, adoptar también una forma más sencilla, dejando que el fiel tome directamente la hostia del vaso sagrado», AAS 61 [1969], 547). Cuatro años más tarde, más concretamente el 21 de junio de 1973, esta posibilidad fue suprimida en el comunicado *De sacra Communionem et cultu mysterii Eucharistici extra missam* (Cf. EDIL, I, n.º 3082).

evidentes cuando nos remitimos al texto inspirado primitivo. La noción de *lambanein* significa, es cierto, etimológicamente, «tomar, agarrar», pero puede entenderse en dos sentidos: uno, activo, en el sentido de «tomar, colocar dentro de los límites del ámbito de que se dispone», y otro en el sentido de «recibir». Este último significado aparece en el Nuevo Testamento principalmente cuando se aborda la relación entre Dios y el hombre. Somos, sencillamente, aquellos que recib⁴. Es teológicamente inconcebible que un hombre se apropie del cuerpo de Cristo para ponerlo a su propia disposición. Por eso se puede pensar que existe un rito capaz de satisfacer este principio. El *labete* debe entenderse entonces en el sentido de «recibi⁵». La palabra hebrea *lkh*, que corresponde a *lambanein*, significa «tomar, agarrar, apropiarse», pero también «aceptar, recibir, acoger⁶». Esto también es válido en otra lengua importante, emparentada con la del Señor, el sirio. El término *nsb* significa, por su raíz, «tomar», pero a menudo, por su sentido, «recibir», como se puede comprobar a partir de la descripción de la santa comunión que da san Efrén el Sirio⁷.

Podemos encontrar una confirmación de nuestra tesis en los escritos del cristianismo primitivo. Así, Orígenes subraya que Cristo nos da en don su cuerpo y su sangre: «Si subes con él para celebrar la Pascua, te ofrece el cáliz de la nueva alianza, al igual que el pan de la bendición, te ofrece su propio cuerpo y su propia sangre»⁸. Justino Mártir subraya a su vez que Cristo ofreció su cuerpo y su sangre únicamente a sus apóstoles: «pues los apóstoles, en sus escritos llamados Evangelios, relataron lo que se les había ordenado: Jesús tomó el pan, dio gracias y dijo: “Haced esto en memoria mía, este es mi Cuerpo”; y de la misma manera tomó el cáliz, dio gracias y dijo: “Esta es mi Sangre”. Y que solo se los ofreció a ellos. 9» Por otra parte, de Jn 13, 26 se desprende que el Señor puso en los labios de Judas un trozo mojado (pero el pasaje no permite precisar claramente de qué se trataba). De la primera carta a los Corintios se puede concluir que todos aquellos que vivían en un pecado grave eran excluidos de la comunidad de comulgantes (1 Cor 5, 6-13). Además, los pecadores, por así decirlo, secretos debían abstenerse de comulgar si no querían hacerse culpables ante el cuerpo del Señor (1 Cor 11, 27). A una advertencia tan severa, cuyo incumplimiento habría acarreado castigos por parte de Dios (cf. 1 Cor 11, 30 y ss.), debían corresponder ritos que, en primer lugar, permitieran no comulgar y, en segundo lugar, tuvieran en cuenta el respeto y la

⁴ Cf. 1 Cor 4, 7.

⁵ Véase Th WBNT, IV, art. *Lambano* (Delling), 5 y ss.

⁶ Véase H. SEEBASS, Th WBAT, IV, 590.

⁷ Véase Pierre YOUSSEF, *L'Eucharistie chez saint Ephrem de Nisibe*, Orientalia Christiana analecta, 224, Roma, 1984, p. 298.

⁸ *Hom. XIX.* in Jer., GCS, Orígenes, III, 13, p. 169, l. 30 y ss.

⁹ *Apología*, I, 66.

sagrado temor que hay que observar. Esto es tanto más cierto cuanto que, como señala C. F. D. Moule, «en el Nuevo Testamento, la única referencia explícita a los preparativos de la Cena del Señor está redactada en términos de juicio (*judgement*).»¹⁰

III - El rito de la comunión en la historia

3-1 - - El lugar de distribución de la comunión

El santuario estaba separado del resto de la iglesia por una reja que servía de cerramiento, cuya forma debió de variar a lo largo de la historia. Los clérigos recibían la santa comunión en el altar, mientras que los fieles lo hacían ante la reja del coro ^{ur}11. El concilio de Laodicea, en el siglo ^{IV}, ya menciona que los laicos comulgaban en el altar, pero que estaba explícitamente prohibido a las mujeres acercarse a él ^r12. La distribución de la comunión ante el altar, como costumbre que tuvo cierta duración, solo se menciona en la Galia ^e13. En la época carolingia, la norma de la Iglesia universal se impuso también aquí ⁱ14. Más tarde, la santa comunión se distribuía a veces a los laicos en un altar lateral; desde la aparición del ^j ubé15, se realizaba la mayor parte del tiempo en el altar de la crucifixión erigido ante el ^{ui}16. A partir del siglo ^{XIII}, dos acólitos extendían un paño de lino blanco ante los comulgantes arrodillados ante el aut ; en el siglo ^{XVI}, se comenzó a extender este paño sobre una especie de banco situado entre el presbiterio y el resto de la nave, de donde proviene nuestra mesa de comunión.

¹⁰ «La única referencia explícita en el Nuevo Testamento a la preparación para la Cena del Señor se refiere al juicio», C.F.D. Moule, «The judgement theme in the sacraments», en *The Background of the New Testament and its eschatology*. Studies in honour of C. H. Dodd, Cambridge, University Press, 1956, p. 456.

¹¹ Así, por ejemplo, Agustín advierte a aquellos que, por ser culpables, habían perdido el derecho a la comunión, «para que no tengamos que apartarlos cuando lleguen a las rejas (*de cancellis*)», Sermon. 392, 5; PL, 39, 1712.

¹² Concilio de Laodicea, can. 44, Mansi, II, 571.

¹³ Sin restricciones, en el sínodo de Tours (567), en el canon 4 (Mansi, IX, 793): «*Para que los laicos no se atrevan en absoluto a permanecer junto al altar, donde se celebran los santos misterios, entre los clérigos, tanto en las vigiliass como en las misas; sino que aquella parte que está separada del altar por las rejas quede abierta únicamente a los coros de los clérigos que cantan. En cuanto a orar y comulgar, a los laicos y a las mujeres, como es costumbre, se les abra el Santo de los Santos*». («Los laicos no deben en ningún caso atreverse a acercarse con el clero al altar donde se celebran los santos misterios durante las vigiliass y las misas: pero el espacio entre la reja del coro y el altar debe estar abierto únicamente a los clérigos que cantan los salmos. En cambio, para la oración y la comunión, el santuario debe permanecer abierto a los laicos y a las mujeres, como es costumbre»).

¹⁴ En España, el ^{IV} Concilio de Toledo ya había decidido en el año 633 (Mansi, X, 624): «*Ut sacerdos et levita ante altare communicent, in choro clericus, extra chorum populus*». («Que los sacerdotes y los levitas comulguen ante el altar, el clero en el coro y el pueblo fuera del coro»).

¹⁵ Sobre su historia y su significado, véase Klaus GAMBER, «Die Funktion des gotischen Lettners aufgezeigt am einstigen ‚Lectorium‘ des Regensburger Domes», en *Sancta Sanctorum. Studien zur liturgischen Ausstattung der Kirche, vor allem des Altarraums*, Friedrich Pustet, Ratisbona 1981, pp. 109-119.

¹⁶ Véase J. A. JUNGSMANN, *Missarum sollemnia*, T. III, París, Aubier, 1958, 307.

¹⁷ La mención de que debía extenderse un paño delante del banco de comunión aparece por última vez en una instrucción del 26 de marzo de 1929 (AAS, 21 [1929] n.º 638).

3-2 - La forma de distribuir la comunión 3-2-

1: Panorama histórico ^{e 18}

A partir del siglo III, se encuentran en las diversas provincias de la Iglesia testimonios que permiten concluir que se distribuía el cuerpo eucarístico del Señor en la mano de los laicos.

Para Alejandría y las diócesis egipcias, podemos citar a Clemente de Alejandría (m. antes de 216/ 217)¹⁹ y a Dionisio de Alejandría (m. 264/ 265)²⁰; para Palestina, a san Cirilo de Jerusalén (m. 386)²¹. Para la región siria, encontramos textos en Afraato (© poco después del a 345)²², Efrén el Sirio (© 373)²³, Juan Crisóstomo (© 407)²⁴ y, probablemente, en Cirilo ^{s25}. Para el siglo V, cabe mencionar, por ejemplo, a Teodoreto de Ciro (m. hacia el a. 466)²⁶. Entre los capadocios, cabe citar a Basilio el Grande (m. 379)²⁷ y a Gregorio de Nazianzo (m. 390)²⁸. En Oriente, encontramos testimonios posteriores en Anastasio Sinaíta (h. poco después de 700)²⁹ y Juan Damasceno (h. 750)³⁰. En el norte de África dan testimonio de la costumbre citad ^{e31} Tertuliano (Y después del 220)³², Cipriano (Y 258)³³, Agustín (Y430) ^{e34} en dos escritos polémicos ^{e35} y Quodvultdeus (Yhacia el 453)³⁶. En Roma e Italia lo hacen

¹⁸ Se puede encontrar un valioso estudio general sobre el tema en Otto NUßBAUM, *Die Handkommunion*, Colonia, J. P. Bachem, 1969, p. 9 y ss.

¹⁹ *Strom.* 1, 1, 5 (GCS Clem. 2, 18 ss. Stählin).

²⁰ *Eusebio*, h. e. 7, 9, 4; GCS Euseb. 2, 2, 648.

²¹ *Cat. myst.*, 5, 21; FC 7, 162.

²² *Hom.* 7, 21 y 20, 8.

²³ *Himnos de Fide*, 10, 8; 10, 15 CSCO 154/155; Seq II,2, vgl. *Naqpayata* (= Suplemento de los Misterios caldeos), Mosul 1901.

²⁴ In Math. hom. 82, 4 (PG 58, 743); In illud: *Vidi Dominum*, hom. 6, 3 (PG 56, 138 y ss.).

²⁵ Canto de súplica para la fiesta de Todos los Santos del año santo 396 sobre la plaga de langostas, BKV 6, 14: «Con una sola palabra Tu voluntad nos creó y yo di a luz; ¡con una sola gota de Tu gracia cura a mis hijos y ahuyenta mis dolores! Si la hemorróica que se aferró a Tus vestiduras fue curada por Tu manto, ¡cuánto más recibiré yo como parte mi ayuda y salvación, yo que me he aferrado a Tu cuerpo entero!». En mi opinión, no se puede concluir con total certeza que se trate aquí de la comunión en la mano, ya que la persona que habla no es un individuo, sino la Iglesia de la ciudad de Constantinopla, nuevamente amenazada por un castigo divino tras la invasión de los hunos.

²⁶ en *Cant.* 1, 2 (PG 81, 53).

²⁷ Ep. 93, PG 32, 484 y ss.

²⁸ *Adv. mulieres* 299 y ss., PG 37, 906.

²⁹ *Oratio de S. Synaxi*, PG 89, 832.

³⁰ *De fide* 4, 13; PG 94, 1149.

³¹ Un pasaje de la Pasión de Santa Perpetua 4, 9, citado por NUßBAUM, es, en mi opinión, demasiado poco claro como para poder mencionarse como testimonio (se trata de una visión relativa a su futuro martirio).

³² *De idol.* 7, 1; CCSL 2, 1106.

³³ *Ep.* 58, 9; CSEL 3, 2, 665; *De lapsis* 22, CSEL 3, 1, 253 y ss.; *De lapsis* 26, CSEL 3, 13, 256.

³⁴ Cf. Wunibald ROETZER, *Des Heiligen Augustinus Schriften als liturgiegeschichtliche Quelle*, Múnich, 1930, pp. 131-135.

³⁵ *Contra ep. Parm.* 2, 7, 13, CSEL 51, 58; *Contra lit. Petil.* 2, 23, 53, CSEL 52, 51 y ss.

³⁶ *De Tempore barbarico*, II, IV, 1-2; CCSL 60, 475.

incluso el papa Cornelio (251-253) en una carta transmitida por Eusebio ^{be37}, Ambrosio (h. 397)³⁸ en la descripción del hombre tras su creación³⁹, Gaudencio de Brescia (h. 406)⁴⁰, Pedro Crisólogo (m. 450)⁴¹ y Casiodoro (m. hacia 580)⁴². En España, se encuentran textos correspondientes en las actas de los sínodos de Zaragoza (380)⁴³ y de Toledo (400)⁴⁴. En la Galia, Cesario de Arlés (m. 542)⁴⁵ menciona en sus sermones esta forma de distribuir la comunión⁴⁶. Beda el Venerable (m. 753) lo atestigua para la Anglete ^{re47}. Después del año 800, esta forma de comulgar solo se atestigua como un privilegio del clero ^{g648}. Debido al riesgo de profanación por parte de los judíos y los herejes, el sínodo de Córdoba, en 839, rechaza la pretensión de los casianistas de recibir la santa comunión en la mano *more levitarum* ⁴⁹. Reginón de Prüm⁵⁰, en su obra *De Synodalibus causis*, compuesta hacia el año 906 ⁵¹, atribuyó a un sínodo de Ruan el siguiente canon relativo a los deberes del sacerdote: «Que no deposite [la comunión] ni en la mano de un laico, ni en la de una mujer, sino solo sobre los labios, pronunciando las siguientes palabras: *Que el cuerpo y la sangre del Señor contribuyan al perdón de tus pecados y te conduzcan a la vida eterna*. Si alguien infringe esta prescripción, que sea excluido del altar, ya que desprecia al Todopoderoso y se niega a honrarlo ^{r52}. » Dado que hasta el día de hoy se discute la existencia de dicho sínodo ^{e53}, podemos admitir este texto como un testimonio canónico importante, ya que tal amenaza de castigo supone que lo contrario, es decir, la comunión en los labios, era la norma.

³⁷ *Hist. Eccl.*, VI, 43, 18.

³⁸ Para una descripción más precisa de la Santa Misa en Milán, véase Josef SCHMITZ, *Gottesdienst im altchristlichen Mailand*, Peter Hanstein Verlag, Colonia-Bonn, 1975.

³⁹ *Exameron* VI, 9, 69; CSEL 32, 257.

⁴⁰ *Tract. Paschal.* 2 in Ex 31; CSEL 68, 31.

⁴¹ Sermo 33, *PL* 52, 295 ss.; Sermo 34, *PL* 52, 297.

⁴² *Hist. Eccl.* 9, 30; *PL* 69, 1145.

⁴³ Can. 3; Mansi 3, 634.

⁴⁴ Can. 14; Mansi 3, 1000.

⁴⁵ Cf. Karl BERG, *Cäsarius von Arles. Ein Bischof des sechsten Jahrhunderts erschließt das liturgische Leben seiner Zeit* (Dissertatio ad lauream in facultate theologica pontificae universitatis Gregorianae Urbis, Romae 1935/1944/1946), Salzburgo, Kulturverlag, 1994.

⁴⁶ Sermo 44, 6, CCSL 103, 199; Sermo 227, 5, CCSL 104, 899 y ss.

⁴⁷ *De Tabernaculo et vasis eius*, l. III, c. 14; *PL* 91, 498.

⁴⁸ Cf. NUBBAUM, *Die Handkommunion*, op. cit., 25.

⁴⁹ Cf. C.J. HEFELE, *Conciliengeschichte*, IV, 2.^a ed., Friburgo, 1879, p. 99.

⁵⁰ Sobre su obra de derecho canónico, véase Paul FOURNIER, «L'œuvre canonique de Reginon de Prüm», en *Mélanges de droit canonique*, vol. II, Aalen, Scientia Verlag, 1983, p. 333 y ss.

⁵¹ Editado por F.G.A. Wassersleben, Leipzig, 1840.

⁵² «Nulli autem laico aut feminae Eucharistiam in manibus ponat, sed tantum in ore eius cum his verbis ponat: corpus Domini et sanguis prosit tibi ad remissionem et ad vitam aeternam. Si alguien transgrediere esto, por despreciar a Dios todopoderoso y deshonrarlo en lo que le compete, sea apartado del altar», Mansi 10, 1199 y ss.

⁵³ «Aún no se ha aclarado hasta la fecha si este concilio se celebró y cuándo», Odette PONTAL, *Die Synoden im Merowingerreich*, Paderborn, Schöningh, 1986, p. 204. Este sínodo se fecha bien en el año 650, bien en el 688/89.

Esta también se considera la única autorizada en la *Missa illyric*^{a 54} y en la liturgia bizantina^{ne55}. Pero ya se encuentran atestaciones de ello en Gregorio Magno (. 604)⁵⁶ y en relatos relacionados con los enfermos. En el siglo VI, la comunión en los labios parece, según Mario Righetti, haber estado ya más extendida de lo que se creía anterior^{s57}. Según Klaus Gamber, la supresión de la comunión en la mano se sitúa ya en los siglos V/VI⁵⁸. Por supuesto, esto último era imposible en todos aquellos lugares donde la sagrada comunión se distribuía por intinción (por inmersión en la Preciosa Sangre), costumbre que, rechazada por el sínodo de Braga en 675⁵⁹, se utilizó posteriormente con mayor frecuencia, y en un primer momento para la comunión de los enfermos^{s60}, hasta que finalmente encontró una acogida más amplia en las parroquias. En la misma época, la distribución de la comunión en Oriente se realizaba tanto por intinción como con una cuchara.

Juan de Avranches (m. 1079) subraya que el sacerdote no tenía derecho a comulgar por intinción, pero que el pueblo estaba autorizado a hacerlo «no por un acto de autoridad, sino a causa de una gran angustia suscitada por el temor de ver derramada la sangre de Cristo . 61 ». Pero, para que ni una gota de la Preciosa Sangre cayera al suelo cuando el sacerdote llevaba la santa comunión a

⁵⁴ *Missa Illyrica*, PL 138, 1333.

⁵⁵ Es cierto que el emperador recibió la comunión en la mano, pero esto no constituye, a pesar de todo, una excepción, ya que pertenecía al clero.

⁵⁶ El papa Gregorio relata, a propósito de la curación de un discapacitado sordo por parte del papa Agapito I (535-536), que este había liberado primero al enfermo de su parálisis: «*Cumque ei Dominicum corpus in os mitteret, illa diu muta ad loquendum lingua soluta est. Mirati omnes flere prae gaudio coeperunt, eorumque mentes illico metus et reverentia invasit, cum videlicet cernerent quid Agapitus facere in virtute Domini ex adiutorio Petri potuisset*» («Y cuando depositó el cuerpo del Señor en su boca, su lengua, largamente encadenada, se desató y habló. Todos se maravillaron y comenzaron a llorar de alegría, y se sintieron invadidos por el temor y el respeto, al reconocer lo que Agapito podía hacer con la ayuda de Pedro, gracias al poder del Señor»), *Dial., lib. III*; PL 77, 224.

⁵⁷ Cf. *Manuale di Storia Liturgica*, III, Milán, Ancora, 1966, 516.

⁵⁸ Klaus GAMBER, *Ritus Modernus, Gesammelte Aufsätze zur Liturgiereform*, Ratisbona, F. Pustet, 1972, p. 30.

⁵⁹ «*Illud vero quod pro complemento communionis intinctam tradunt eucharistiam populis, nec hoc prolatum ex evangelio, donde encomendó a los apóstoles su cuerpo y su sangre; pues se menciona por separado la encomienda del pan y la del cáliz*». («En cuanto a si, para que la comunión sea completa, se debería utilizar una Eucaristía mojada en la Preciosa Sangre, se puede decir que no se encuentra confirmación de ello en el testimonio que ofrecen los Evangelios. Cuando el Señor confió su cuerpo y su sangre a sus apóstoles, se dice, en efecto, que entregó por separado el pan (transformado en su cuerpo) y el cáliz»), Mansi XI, 155.

⁶⁰ Hacia finales del siglo X, encontramos en Burchard de Worms (m. 1025) un pasaje que prescribe conservar las hostias consagradas que hayan sido previamente sumergidas en la Preciosa Sangre —precisamente con vistas a la comunión de los enfermos—:

«*Ut omnis presbyter habeat pixidem, aut vas tanto sacramento dignum, ubi corpus Dominicum diligenter recondatur, ad viaticum recedentibus a saeculo. Quae tantum sacra oblatio intincta debet esse in sanguine Christi, ut veraciter presbyter possit dicere infirmo, corpus et sanguis Domini proficiat tibi, etc. Y que permanezca siempre bajo llave sobre el altar, a causa de las ratas y de los hombres malvados, y que se cambie cada siete días, es decir, que el presbítero la retire y la sustituya por otra, consagrada ese mismo día, para que, si acaso, al haber sido conservada durante demasiado tiempo, se pudra, lo cual no sea*». («Cada sacerdote utiliza una píxide o un recipiente digno de un sacramento tan grande, donde el cuerpo del Señor se conserva cuidadosamente como viático para los moribundos. Pero esta santa ofrenda debe haber sido sumergida en la sangre de Cristo para que el sacerdote pueda decir con toda verdad al enfermo: Que el cuerpo y la sangre del Señor contribuyan, etc. Que permanezca siempre encerrada sobre el altar, a causa de los ratones y de los hombres impíos, y que sea consumida por el sacerdote cada siete días y sustituida por otra consagrada el mismo día, para que no se enmohezca a causa de una conservación demasiado prolongada, lo cual no sea del agrado de Dios»), *Decretorum liber quintus*, PL 140, 754.

⁶¹ *Libro del obispo Juan de Abrincensis: «De los oficios eclesiásticos: si, sin embargo, no hubiera (para el viático), la tercera (porción de la hostia), la reciba uno de los ministros. No con el pan mojado, sino según la definición del concilio de Toledo, por separado el cuerpo, por separado la sangre, comulgue el sacerdote, excepto el pueblo, al que se le permite comulgar con el pan mojado, no por autoridad, sino por la suma necesidad del temor a la efusión de la sangre de Cristo*», PL 147, 37.

En la boca del comulgante, se sostenía un paño bajo su mentón , ⁶². En Cluny, se utilizaba para este fin una copita plana de oro que un acólito sostenía debajo de la mano del sacerdote cuando este había sumergido el fragmento de hostia en el cáliz, sostenido por el subdiácono, y lo depositaba sobre los labios del comulgado ^{nt63}. Se puede ver en este objeto litúrgico una primera forma de nuestra patena de comunión.

Hasta el siglo ^{XII}, se distribuía la preciosa Sangre también a los laicos (excepto en los casos de comunión por intinción). La administración solemne correspondía al diácono. Se utilizaba bien un cáliz de consagración, bien un cáliz especial de distribución (este último sigue utilizándose entre los etíopes y los sirios orientales). Pero ahora debemos, por razones precisas, ocuparnos con más detalle del rito de distribución del primer tipo.

3-2-2: El rito de la distribución del cuerpo del Señor

Durante más de mil años, ni en Occidente ni en Oriente hubo, para los laicos, en la Iglesia católica y en las comunidades que gozaban de la sucesión apostólica, comunión dada en la mano. Las cosas cambiaron con la instrucción *Memoriale Domini* de 1969 ⁶⁴. Una desobediencia obstinada, sobre todo en Holanda, resultó ser provechosa. Roma autorizó lo que se denominó la «comunión en la mano» (, n. ⁶⁵). Concebida al principio como una concesión para unos pocos países —siendo la forma tradicional la norma de la Iglesia *universal*—, la comunión en la mano inició una formidable marcha triunfal por los países de rito latino. Quienes la defendían afirmaban, y siguen afirmando, que solo se trataba de revivir una práctica antigua. Examinemos esta afirmación.

Al margen de la sagrada comunión, los fieles adoraban al Señor con el más profundo respeto. San Agustín enseña lo siguiente: « Porque se ha transformado en esta carne y nos la ha dado como alimento, y porque nadie come esta carne sin haberla adorado antes, se puede deducir hasta qué punto debe ser adorado este estrado de los pies del Señor . ⁶⁶, y que no solo no pecamos cuando lo adoramos, sino que pecamos cuando no lo adoramos . ⁶⁷. » San Cirilo de Jerusalén dice, a propósito de la comunión con la preciosa sangre, que se debía comulgar «pronunciando *el Amén*, en actitud de adoración y respeto». (Cat. myst., 5,

⁶² En la liturgia copta, cada comulgante sostiene bajo la barbilla una paleta que recibe de un ministro.

⁶³ Cf. Udalrici, *Consuet. Clun.* II, 30; PL 149, 721.

⁶⁴ AAS 61 [1969], 541-545.

⁶⁵ Algunos ejemplos en MAY, *Mund-oder Handkommunion*, op. cit., p. 75 y ss.

⁶⁶ San Agustín aplica el Sal 99, 5 («*Et adorate scabellum pedum eius*»: «Y postraos ante el estrado de sus pies») a la carne de Cristo.

⁶⁷ «Y puesto que en esta misma carne caminó aquí, y nos dio esta misma carne para que la comiéramos para nuestra salvación; pero nadie come esa carne sin antes adorarla; se ha descubierto cómo adorar ese estrado de los pies del Señor, y no solo no pecamos al adorarlo, sino que pecamos al no adorarlo», Enarr. in Ps. 98, 9; CSEL 39, 1385.

Si uno se encontraba lejos del lugar donde se distribuía la comunión, levantaba las manos hacia el cielo ¹⁶⁹ para luego colocarlas una sobre la otra ^{re70}. Los fieles no tenían derecho a traer otro recipiente para recibir el cuerpo del Señor, estando autorizadas únicamente las manos dispuestas en cruz ^{x71}. Sin embargo, los Padres de la Iglesia no se cansan de recordar que no se debe faltar al respeto y que conviene pensar en la condescendencia de Dios. San Juan Crisóstomo predicaba lo siguiente: «¿Y cuán maravilloso es que te mantengas junto a los serafines, habiendo permitido Dios que toques libremente lo que los serafines no se atreven a tocar?». «Pero uno de los serafines voló hacia mí —leemos—, y llevaba en la mano un carbón ardiente que había tomado del altar con unas tenazas» (Is 6, 6). Ese altar es el tipo y la imagen de este altar; ese fuego es una imagen de este fuego espiritual. Pero los serafines no se atrevían a servirse de sus manos (*apsastai*), sino solo de unas tenazas, y tú lo recibes (*lambaneis*) en la mano. Pero si ahora consideras la dignidad de los dones presentes, estos tienen un valor muy superior a lo que los serafines tomaba ^{nt72}». Las manos debían estar puras de todo pecado. Tertuliano relata hechos lamentables: «El creyente celoso no puede sino llorar ante los siguientes hechos: ¿se imagina uno a un cristiano que abandona los ídolos para acudir a la iglesia; que va del taller de los monstruos a la casa de Dios y levanta hacia Dios Padre las manos con las que ha fabricado ídolos; que adora con las manos que fuera se levantan contra Dios; que dirige hacia el cuerpo del Señor las manos que dan cuerpo a los demonios? Ni siquiera eso basta. No basta con que reciban de otras manos lo que luego mancillan; esas mismas manos también dan a los demás lo que han mancillado. Se recurre a los fabricantes de ídolos para el servicio de la Iglesia. ¡Qué crimen! Los judíos solo alzaron la mano contra Cristo una vez, y estas pecan a diario contra su cuerpo. Estas manos

⁶⁸ Citemos algunos ejemplos de adoración de la época siguiente, previos a la recepción de la comunión: en la regla de san Columbano (h. 615), se prescribe una triple inclinación; en otros lugares se besa el suelo; las *Consuetudines* de Cluny, redactadas hacia 1080, exigen una genuflexión. Cf. JUNGSMANN, *Missarum Sollemnia*, III, op. cit., 458.

⁶⁹ Véase a este respecto *La Comunión de los apóstoles* de Russano, del siglo ^{vi}.

⁷⁰ San Agustín, por ejemplo, habla así, en *Contra ep. Parm.* 2, 7, 13, CSEL 51, 58, de las «Manibus coniunctis», las manos superpuestas: «Pero, mientras tanto, queda por ver si al menos Optato tuvo alguna mancha o algún defecto; no son tan ciegos como para responder que su vida fue totalmente inmaculada y carente de todo vicio. ¿Por qué, pues, se le permitía ofrecer dones a Dios y los demás los recibían de él con las manos unidas, si lo que ofrecía estaba mancillado y viciado? » («Pero que tengan cuidado de que al menos Optato no esté mancillado ni haya cometido alguna falta, pues no son tan ciegos como para responder que su vida había sido pura de toda mancha y libre de toda falta. Por lo tanto, ¿por qué se adelantó para sacrificar a Dios las ofrendas, y por qué recibieron de él, con las manos unidas, lo que había ofrecido, mancillado y culpable?»).

⁷¹ Cf. el II Sínodo in Trullo (692), can. 101, Mansi 11, 985 y ss.: Si alguien quiere recibir la santa comunión, «que disponga sus manos en forma de cruz y se acerque para recibir la comunión rica en gracias. Pero no admitimos a aquellos que, en lugar de sus manos, traen un recipiente de oro o de cualquier otro material, para recibir en él la comunión inmaculada, pues prefieren a la imagen de Dios una materia inanimada y sometida (a los hombres)». El ⁱⁱ Concilio in Trullo no fue reconocido por el papa Sergio, debido a que en él se habían proclamado algunos cánones antiromanos; Juan VIII aceptó estas decisiones en la medida en que no contradijeran la enseñanza y la práctica de Roma. (Cf. K. BAUS, LTHK2, 10, 381 y ss.)

⁷² In illud: *Vidi Dominum*, hom. 6,3; PG 56, 138 y ss.

¡deberían ser cortadas! Fíjate ahora en lo que solo se había dicho a modo de comparación: si tu mano te escandaliza, córtala. ¡Cuánto más deberían ser cortadas las manos por las que el escándalo alcanza el cuerpo del Señor ⁷³? » Y Gregorio de Nazianzo escribe contra las mujeres que se arreglan con el fin de seducir: «¿No se horrorizan tus manos al verse extendidas hacia el alimento místico, cuando te han servido para pintar [en tu rostro] una belleza deplorable ^{e 74}?»

Textos posteriores mencionan un lavado previo de las manos y la colocación de un paño sobre las manos femeninas; así, san Cesario de Arlés: «Lo que tengo que decirles para terminar no es ni difícil ni fatigante. Me refiero a lo que os veo hacer a menudo. Todos los hombres se lavan las manos cuando quieren comulgar y todas las mujeres extienden pequeños paños de lino limpios sobre los que reciben el cuerpo del Señor. Lo que quiero deciros, hermanos míos, no es difícil : así como los hombres se lavan las manos con agua, también deben purificar su conciencia mediante la limosna; y así como las mujeres extienden un pequeño paño de lino limpio, deben presentar un cuerpo casto y un corazón puro, para recibir el sacramento de Cristo con buena conciencia. Hermanos míos, ¿acaso alguien depositaría su vestido en un cofre sucio? Y si no se deposita allí un vestido precioso, ¡qué osadía hay en recibir la Eucaristía de Cristo en un alma manchada por el fango del pecado ! ⁷⁵. En otro sermón, declara: «Si nos sonrojamos y tememos recibir la Eucaristía con las manos sucias, ¡cuánto más debemos temer recibir esa misma Eucaristía con el alma mancillada ⁷⁶. El sínodo de Auxerre prescribió severamente que se cubrieran las manos de las mujeres: «No está permitido a las mujeres recibir la Eucaristía con las manos descubiertas ^{e77}. » Finalmente, también se cubrieron las manos de los hombres, lo que puede demostrarse mediante

⁷³ De idolatría, c. 7, CCSL 2, 1106: «En este punto, el celo de la fe clamará con vehemencia: ¿acaso un cristiano, al venir de los ídolos a la iglesia, al pasar de la taller enemiga a la casa de Dios, levantará hacia Dios Padre las manos de las madres de los ídolos, adorará con estas manos, que fuera se adoran contra Dios, y acercará esas manos al cuerpo del Señor, que entregan sus cuerpos a los demonios? Ni siquiera esto basta. Poco es que reciban de otras manos lo que contamina, sino que ellas mismas transmiten a otros lo que han contaminado. Se admiten en el orden eclesiástico a los artífices de los ídolos. ¡Qué atrocidad! Una vez los judíos extendieron la mano contra Cristo, estos acechan diariamente su cuerpo. ¡Oh, manos que deben ser cortadas! Que vean ya si se ha dicho por similitud: si tu mano te escandaliza, córtala. ¿Qué manos son más dignas de ser cortadas que aquellas en las que se escandaliza el cuerpo del Señor?».

⁷⁴ Adv. mulieres 299f., PG 37,906.

⁷⁵ Sermo 227, 5, CCSL 104, 899f.: «En definitiva, queridísimos hermanos, no es grave ni laborioso lo que sugiero: digo esto porque veo que lo hacéis con frecuencia. Todos los hombres, cuando desean comulgar, se lavan las manos, y todas las mujeres muestran paños limpios donde reciben el cuerpo de Cristo. No es grave lo que digo, hermanos: así como los hombres se lavan las manos con agua, así laven sus conciencias con la limosna; del mismo modo, y las mujeres, así como presentan un paño limpio donde recibirán el cuerpo de Cristo, así presenten un cuerpo casto y un corazón puro, para que con buena conciencia reciban los sacramentos de Cristo. Os ruego, hermanos, ¿hay alguien que quiera meter su ropa en un cofre lleno de suciedad? Y si no se mete en un cofre lleno de suciedad una prenda preciosa, ¿con qué rostro se recibe en el alma, contaminada por la suciedad de los pecados, la Eucaristía de Cristo?»

⁷⁶ «Y si nos avergonzamos y tememos tocar la Eucaristía con manos sucias, más debemos temer recibir la misma Eucaristía contaminada en el interior del alma», Sermo 44, 6.

⁷⁷ Sínodo de Auxerre (entre 561 y 605), can. 36: «No es lícito que una mujer reciba la Eucaristía con la mano desnuda», Mansi 9, 91.

representaciones figurativas ⁷⁸ y los grabados de patenas de plata ^{nt79}. Cabe mencionar además que, a partir del año 350, las escenas que representan la «multiplicación de los panes» siguen este mismo principio. En ello se aprecia la influencia de la liturgia ^{e80}. Consideremos ahora más de cerca la mano sobre la que se depositaba la sagrada comunión. En su última catequesis mistagógica ^{que81}, pronunciada durante el tiempo pascual hacia el final de su vida (falleció en el año 387), san Cirilo de Jerusalén enseña a los nuevos bautizados cómo se debe recibir el santo sacramento: «Cuando te acerques [para comulgar], no extiendas las palmas de las manos ni separes los dedos; sino haz de tu mano izquierda un trono para tu mano derecha, ya que esta debe recibir al Rey, y, en el hueco de tu mano, recibe el cuerpo de Cristo, diciendo: “Amén”. Santifica entonces con cuidado tus ojos por el contacto con el santo cuerpo, luego tómallo y cuida de no perder nada. Porque lo que perdieras sería como si perdieras uno de tus propios miembros. Dime, en efecto, si te hubieran dado copos de oro, ¿no los guardarías con el mayor cuidado, procurando no perder nada y que no sufrieran daño alguno? ¿No velarás, pues, con mucho más cuidado por un objeto más precioso que el oro y que las piedras preciosas, para no perder ni una miga de él ?⁸²» A primera vista, se podría pensar que aquí se describe la práctica actual de la comunión en la mano; pero al mirarlo más de cerca, salta a la vista una diferencia fundamental. Así, la mano derecha debía colocarse sobre la izquierda, y no al revés como ocurre hoy en día. ¿Un pequeño detalle? En absoluto. Porque entonces, al igual que hoy en día, la mayoría de los hombres eran diestros, y a nadie se le habría ocurrido recibir o tomar un don precioso con la mano iz ^{he83}. Según la descripción de san Cirilo de Jerusalén, era imposible que un fiel tomara y llevara a la boca el cuerpo del Señor. Otto Nußbaum llega a la misma conclusión: «Pero sobre todo, es

⁷⁸ Por ejemplo, *La Comunión de los apóstoles* del códice de Rossano, del siglo ^{VI}.

⁷⁹ En la patena de Dum. Oaks, se ve claramente a los apóstoles recibiendo la comunión, con las manos cubiertas por un paño (Fig. en LCI, I, 174 y ss.).

⁸⁰ Dom Gabriel M. BRASO, «La Velacio de la mans. Retrospectiva de un tema de arqueología cristiana», en *Liturgica I, Cardinali I. A. Schuster in memoriam*, Montserrat, 1956, pp. 311-386, ofrece un estudio detallado del tema de las manos cubiertas.

⁸¹ La tradición ha atribuido las cinco catequesis mistagógicas de Jerusalén a san Cirilo. Solo tras el estudio de W. J. SWAAN (1942) se atribuyeron al sucesor de Cirilo, Juan de Jerusalén. El manuscrito más antiguo, el *Codex Monacensis* 394, del siglo ^X, señala efectivamente a Juan como autor: en un manuscrito casi igual de antiguo, el *Ottobonianus* 86, se encuentra el nombre de Cirilo añadido por otra mano al de Juan. Sin embargo, disponemos de otros manuscritos, el *Coisilanus* 227 (¿siglo ^{XI}?), el *Marcianus* II, 35 (¿siglo ^{XIII}?) y el *Ottobonianus* 220 (siglos ^{XVI/XVII}), que mencionan a Cirilo como autor. Otras objeciones de orden litúrgico y teológico no son convincentes, según Auguste PIEDAGNEL (Cf. SG 120, 33 ss.). Las diferencias entre las 18 catequesis y las catequesis mistagógicas pueden explicarse por la disciplina del Arcano y por una profundización teológica posterior. Aunque Juan las hubiera reelaborado en cierta medida, no se podría negar que son de Cirilo. En cualquier caso, dan testimonio de los usos litúrgicos vigentes hacia finales del siglo ^{IV}.

⁸² *Cat. mist.* 5, 21. El texto griego se encuentra en edición crítica, p. ej., en las *Fontes Christiani*, t. VII, p. 162. (La traducción al alemán de la presente comunicación sigue, sin dejar de tener en cuenta el texto original, tanto la versión alemana de RÖWEKAMP [en el tomo citado de la FC] como la de F.J. DÖLGER, que había publicado en *Antike und Christentum*, t. III, Münster in Westf., Aschendorff 1932, 235 y ss.). Traducción al francés según JUNG-MANN, *Missarum Sollemnia*, III, 311 (N.D.T.).

⁸³ Sobre la preferencia otorgada en la Antigüedad y en la Sagrada Escritura a la mano derecha, véase Th WBNT, II, 37 y ss. y IX, 415.

En mi opinión, resulta inconcebible, dada la marcada preferencia por la mano derecha en la Antigüedad, y también en la liturgia de la Iglesia, que fuera precisamente la mano izquierda —considerada inferior, símbolo del mal y, por lo tanto, inadecuada para el servicio del culto e incapaz de desempeñarlo— la que tuviera derecho a tocar el pan eucarístico y a llevárselo a los labios. En mi opinión, se cogía directamente el pan sagrado con la boca en la mano derecha. El beso dado a este alimento antes de consumirlo, y sobre todo la comparación de este beso con el hecho de lamer al Señor, hablan a favor de esta conclusión ⁸⁴». La mano derecha servía, por tanto, en cierto modo de patena de comunión, de donde se tomaban con la boca el cuerpo de Cristo y las posibles partículas, mientras el comulgante se inclinaba profundamente. Volveremos sobre el argumento de Nußbaum que acabamos de citar, ya que algunos han afirmado que la mención de una costumbre tan singular como la santificación de los ojos relatada por Cirilo habría sido introducida en el texto por Juan de Jerusalén, el sucesor de Cirilo. Ahora bien, se puede demostrar que se trataba de una costumbre extendida en la época de este último. En su tratado sobre la humildad, terminado a más tardar en el año 337 d. C., Afraato llega a hablar, en una advertencia, de ciertos ritos de la comunión: «Tu lengua deberá amar el silencio, ya que lame las llagas del Señor. Que tus labios se guarden de abrirse, pues con ellos das un beso al Hijo del Rey» (, ⁸⁵). Habla de lamer con la lengua en un comentario a Ju 7, (, ⁵⁸⁶). En la instrucción 20, 8, Afraat llega también a hablar de la santificación de los ojos: «El pobre a la puerta representa a Nuestro Salvador (cf. Lc 16, 20 y ss.). Le suplicó que le entregara los frutos [los de su pueblo] para que pudiera dárselos a quien le había enviado. Pero nadie se los entregó (cf. Mc 12, 2. 6). Se dice que los perros se acercaron y lamieron sus llagas (cf. Mt 7, 6; 15, 26 y ss.). Los perros que se acercaron eran, en efecto, los pueblos que lamían las llagas de Nuestro Salvador (cf. Mt 7, 6; 15, 26 y ss.).

toman su cuerpo y lo colocan sobre sus ojos. 87» Un texto cuyo texto se asemeja de manera sorprendente a las formulaciones de san Cirilo se encuentra en las obras de san Juan Crisóstomo,

⁸⁴ Otto NUßBAUM, *Die Handkommunion*, op. cit., p. 18 y ss.

⁸⁵ AFRAATO, *Unterweisungen*, 9, 10; traducido e introducido por Peter BRUNS, FC 5/1, 265.

⁸⁶ En la introducción 7, 21, habla de aquellos a quienes Gedeón, por orden de Dios, debía elegir: «El que lama el agua como lo hace un perro, deberá ir a la batalla» (Jueces 7, 5): «De todos los animales que fueron creados al mismo tiempo que el hombre, ninguno ama tanto a su amo como el perro, que vela día y noche. Incluso cuando recibe golpes de su amo, no lo abandona. Y cuando va a cazar con su amo y un poderoso león se les echa encima, arriesga la muerte por su amo. Igualmente valientes son aquellos que han sido rescatados del agua. Siguen a su amo como perros, se entregan a la muerte por él y libran su combate con audacia. Montan guardia día y noche y ladran como perros, cuando meditan en la ley día y noche (Sal 1, 2). Aman a Nuestro Señor y lamen con su lengua Sus llagas como un perro lame a su amo. Pero a los que no meditan en la ley se les llama perros mudos, pues son incapaces de ladrar; a los que no ayunan con celo se les llama perros voraces, pues son insaciables» (Is 56, 10 y ss.), FC 5/1, 229 y ss.

⁸⁷ APHRAATE, *Unterweisungen*, 20, 8; FC 5/2, p. 465.

sin que pueda atribuirse a este último con certid^{ude88}. Como señala acertadamente F.G. Dölger, Cirilo Crisóstomo y Afraato se complementan, mencionando este último además de manera especial la santificación de los labios y la lengua, que sin duda estaba implícita en los primi^{rs89}. Teodoreto de Ciro habla, por otra parte, del beso dado al cuerpo del Señor^{ur90}. ¿Cómo podemos imaginarnos esta imposición a los órganos de los sentidos? Como ya hemos dicho, el cuerpo del Señor ciertamente no se tomaba con la mano izquierda. Un texto de san Juan Damasceno nos puede ayudar: «Nos acercamos a él animados por un deseo ardiente y con las manos dispuestas en forma de cruz. Y, tras posar en él los ojos, los labios y la frente, consumimos (*metalabomen*) el carbón divino, para que el fuego de nuestro deseo, avivado además por el fuego del carbón, consuma nuestros pecados, ilumine nuestros corazones y seamos totalmente inflamados y divinizados por la participación en el fuego divi, n.º⁹¹» Así fue, pues, como, con la cabeza inclinada en señal de adoración, se desarrolló la ceremonia. Por supuesto, había que velar especialmente por que, durante esta imposición sobre los órganos de los sentidos, no se perdiera ni una partícula. Debido a este riesgo y, como es de suponer, también a causa de abusos indecorosos y supersticiosos, esta costumbre desapa^{rut92}. Porque seguramente no fue sin razón que el concilio de Toledo promulgó en el año 400 el siguiente canon: «Si alguien no consume la Eucaristía recibida del sacerdote, será rechazado como sacrilego^{.93}» En resumen, podemos decir que la mano derecha no servía para tomar, sino que actuaba en cierto modo como patena de comunión, de la que se tomaba el cuerpo del Señor con la boca. Pero también más tarde, tras la supresión de la bendición de los órganos de los sentidos, era relativamente fácil, si la comunión se daba colocando la hostia en la mano, marcharse con el cuerpo del Señor. Así, los cánones de Jacobo de Edesa, redactados hacia finales del siglo^{VII}, recogen una pregunta formulada a

⁸⁸ «Cuando te acerques, no lo hagas con los brazos extendidos, sino coloca la mano izquierda a modo de trono para la derecha, ahuecándola —preparada, por así decirlo, para recibir al Rey—. Recibe el cuerpo de Cristo con gran reverencia, para que ninguna partícula caiga de la mano ni sufra daño alguno en alguno de tus miembros. Del mismo modo, acércate al cáliz sin levantar las manos al aire, pronunciando *el Amén*. Mientras aún quede un poco de humedad en tus labios, tus manos tocarán tus ojos y tu frente: y así, tus otros sentidos serán igualmente santificados. Y da gracias a Dios, que te ha honrado con un misterio tan grande», *Ecloga* 47, PG 63, 898.

⁸⁹ F.J. DÖLGER, *Das Segnen der Sinne mit der Eucharistie, Antike und Christentum*, t. III, Münster in Westf., Aschendorf, 1932, pp. 231-244, aquí p. 237. En dicho artículo se encuentran también otros testimonios relativos a la bendición de los órganos de los sentidos.

⁹⁰ En Cant. 1, 2 (PG 81, 53). A propósito del pasaje *Osculetur me osculis suis*: «Pero para que ningún pensamiento vilmente terrenal se vea perturbado por lo que se dice de los besos, pensemos que es místicamente (*en tō mustikō kairō*) como acogemos, besamos, abrazamos y apretamos contra nuestro corazón los miembros del prometido. Hay ahí como un abrazo nupcial: creemos ser todo suyo. Lo abrazamos y lo cubrimos de besos y, según la Escritura, el amor hace desaparecer el temor».

⁹¹ Juan de Damasco, *De Fide*, 4, 13; PG 94, 1149.

⁹² «Una costumbre extendida en Alemania desde el siglo^{XIV} recuerda la bendición de los ojos con la Eucaristía que se practicaba mil años antes: tras la ablución de los dedos, se llevaban estos a los ojos diciendo: *Lutum fecit Dominus ex sputo et linivit oculos meos et abii et vidi et credidi Deo* (Juan 9,11), costumbre que fácilmente podría haber derivado en superstición e indecencia, y que posteriormente desapareció», JUNGSMANN, *Missarum Sollemnia*, III, 312. Juan de Damasco, *De Fide*, 4, 13; PG 94, 1149.

⁹³ «*Si quis autem acceptam a sacerdote Eucharistiam non sumpserit, velut sacrilegus propellatur*», Can. 14; Mansi 3, 1000.

Santiago, por el sacerdote Addai Phili ⁹⁴: «Puesto que hay personas que toman fragmentos del sacramento, e incluso los cosen juntos en una especie de cinta mágica que atan a una bolsa o cuelgan al cuello a modo de amuleto, o colocan en su lecho o en las paredes de sus casas, me gustaría saber si es conveniente hacer estas cosas y, si no lo es, ¿qué castigo deben recibir quienes actúan así?». Esta fue la respuesta:

«Pero aquellos que cometen tal ultraje con respecto a los sacramentos dignos de adoración del cuerpo y la sangre de Cristo Dios, al considerarlos solo como cosas ordinarias y [simplemente] respetables a los ojos de los cristianos, al colgarlos al cuello junto con la cruz o los huesos de los santos y objetos consagrados, o al colocarlos en sus camas o en las paredes de sus casas, o en los viñedos, jardines o parques, o en general utilizándolos como protección de cosas corporales, y que no piensan en el hecho de que estos sacramentos son alimento del alma para quienes llevan la señal de la cruz de Cristo, y que estos sacramentos son la levadura y la garantía de la resurrección de los muertos y de la vida eterna: esos, si son clérigos, deberán ser destituidos y excluidos durante tres años de la comunidad eucarística y encontrar su lugar entre los penitentes. Pero si son laicos, deberán ser excluidos de la comunidad eucarística durante cuatro años y encontrar su lugar entre los penitentes . ⁹⁵». Prestemos atención una vez más a lo que dice san Cirilo de Jerusalén, pues, junto a su detallada descripción del rito de la comunión, encontramos la insistente exhortación a cuidar hasta de las partículas más pequeñas, incluso del tamaño de migajas de pan, para que no se pierdan. Son más preciosas que el oro y las piedras preciosas. ¡Qué fe en la presencia real! Cirilo no es el único testigo que podemos citar. Unos 150 años antes de Cirilo, Tertuliano (160-220) escribía en su obra *Sobre la corona de los soldados*:

«Recibimos también [...] el sacramento de la Eucaristía en las asambleas, temprano por la mañana, y de la mano de nadie más que de los presidentes [es decir, de los sacerdotes y obispos]... [] Esto también nos inspira temor, cuando algo de nuestro cáliz o de nuestro pan cae al suelo». (De Cor. Mil. 3, 4) ⁹⁶. Orígenes (185-254), quien por otra parte suele hacer hincapié en las interpretaciones espiritualizant ^s ⁹⁷, describe así la actitud de los fieles ante el santo sacramento: «Sabéis, vosotros que estáis acostumbrados a participar en los misterios divinos, cuánto, cuando recibís el cuerpo del Señor, debéis estar atentos con toda solicitud y respeto a que ni la más mínima partícula caiga al suelo, a que nada de la ofrenda consagrada se derrame. Pensáis que pecáis si algo

⁹⁴ Nacido hacia el año 633, fallecido en 708 en el monasterio de Tel' eda. A pesar de sus opiniones monofisitas, es un escritor sirio muy destacado.

⁹⁵ C. KAYSER, *Die Canones Jacob's von Edessa* (Leipzig 1886), p. 13, 14; citado en F. J. DÖLGER, *Die Eucharistie als Reiseschutz. Die Eucharistie in den Händen der Laien, Antike und Christentum*, vol. 5, 2.^a ed., Münster, Aschendorff, 1974, p. 241.

⁹⁶ *De Corona militum*, cap. 3, CCSL 2, 1043: «El sacramento de la Eucaristía (...) ni siquiera en las horas de la madrugada lo recibimos de otra mano que no sea la de los presidentes. (...) Sufrimos con angustia que algo del cáliz o del pan caiga al suelo».

⁹⁷ Cf. Werner SCHÜTZ, *Der christliche Gottesdienst bei Origenes*, Stuttgart, Calwer Verlag, 1984, pp. 156-172.

caiga al suelo por descuido. Esta creencia vuestra es buena» (In Ex. hom. 13, 3)⁹⁸. Se trata de «la más mínima partícula» que no debe caer al suelo. El descuido en este ámbito es un pecado. ¿Se pueden encontrar palabras más precisas?

IV - Resumen

No existía un rito de comunión en la mano tal y como se practica hoy en día. En sentido estricto, en los textos de los Padres comentados anteriormente no se trata de una comunión en la mano, sino bien de una comunión en los labios, en la que la mano derecha hace las veces de patena. Esta constatación se ve reforzada por el rito de la comunión del diácono en la liturgia bizantina: profundamente inclinado, toma con la boca, con la mano derecha, el cuerpo del Señor. La recepción respetuosa del cuerpo del Señor con la boca, en posición inclinada, muestra claramente que aquí el hombre es quien recibe y no quien se sirve a sí mismo y se hace un don a sí mismo. Esto se observó incluso en la comunión en la mano, cuando fue autorizada temporalmente ^{e99}. El cardenal Ratzinger escribió un día unas palabras fundamentales sobre la naturaleza del encuentro sacramental de la criatura con el Dios infinito que se manifiesta aquí: «Y es precisamente por eso que también pertenece a la forma esencial del sacramento el ser recibido, y que nadie pueda dárselo a sí mismo. Nadie puede bautizarse a sí mismo, ni conferirse la ordenación sacerdotal, ni absolverse a sí mismo de sus pecados. A esta estructura de encuentro se debe el hecho de que la contrición perfecta no puede, por su naturaleza, permanecer interior, sino que exige la forma de encuentro que es el sacramento. Por eso, hacer circular uno mismo la Eucaristía de unos a otros y tomarla uno mismo no solo contraviene las prescripciones eclesiales, sino que también atenta contra la estructura más íntima del sacramento. Que el sacerdote tenga el derecho, solo para este sacramento, de conferirse a sí mismo el don sagrado, resulta del *mysterium tremendum* al que se

⁹⁸ PG 12, 391; SC 321, p. 384, p. 69-72.

⁹⁹ San BASILIO EL GRANDE, ep. 93, PG 32, y 484 ss.: «Comulgamos cuatro veces a la semana, el día del Señor, el cuarto día, el viernes y el sábado, y también los demás días, cuando se hace memoria de un santo. Pero que, en tiempos de persecución, alguien, en ausencia de sacerdote o diácono, pueda verse obligado a recibir la comunión de su propia mano no presenta ningún tipo de gravedad. De hecho, es superfluo demostrarlo. Pues una costumbre de larga data lo confirma de diversas maneras. Todos los ermitaños, en efecto, tienen la Eucaristía en sus casas y, en ausencia de sacerdote, se la administran ellos mismos. En Alejandría y en el propio Egipto, cada iniciado del pueblo (*ekastos kai tôn en laô teloúnton*) guarda la mayor parte del tiempo la Eucaristía en su casa y, cuando lo desea, se administra él mismo la comunión. En efecto, una vez que se ha consumado el sacrificio del sacerdote y se ha distribuido la ofrenda, quien la ha recibido primero en su totalidad y luego participa de ella cada día, debe poder creer con razón que participa de ella y la recibe de quien se la ha entregado. Porque también en la iglesia el sacerdote distribuye un fragmento y quien lo recibe lo toma de pleno derecho, y así es como lo lleva con su propia mano a la boca. Las dos cosas son, pues, equivalentes: ya sea que alguien reciba del sacerdote un fragmento, ya sea que reciba varios a la vez». Otto NUBBAUM señala que los recipientes utilizados para la comunión en la mano estaban normalmente concebidos de tal manera que se tomaba el cuerpo del Señor con la boca, cf. *Die Handkommunion*, op. cit., p. 21.

Sin embargo, dados los abusos, el superior del convento de Atripe, a quien los cristianos de Egipto tenían en gran estima, Chenoute (c. 466), se vio obligado «a oponerse con el mayor rigor a que un miembro de la comunidad, al abandonar la celebración eucarística, se llevara a casa hostias. «El sacerdote o el diácono no debe conceder a quien se lo pida ni siquiera una porción del tamaño de un grano de mostaza». LEIPORDT, *Schenute von Atripe und die Entstehung des nationalägyptischen Mönchtums* = TU NF, X, 1 (Leipzig, 1903), p. 184; cf. también p. 31. Citado en F. J. DÖLGER, *Die Eucharistie als Reiseschutz*, op. cit., p. 240 y ss.

se enfrenta en la Eucaristía, el de actuar *in persona Christi* y, así, sustituirlo y ser al mismo tiempo un hombre pecador que vive totalmente de la recepción de Su don.¹⁰⁰ Además, desde el principio, en la Iglesia primitiva se tuvo especial cuidado de no perder ni un solo trozo (de la hostia). En teoría, aún hoy se obedece a esta preocupac¹⁰¹. Así, en una instrucción de 1973, se puede leer: «Desde la instrucción *Memoriale Domini*, publicada hace tres años, algunas conferencias episcopales han solicitado a la Sede Apostólica que permita a quienes distribuyen la Santa Comunión depositar las especies eucarísticas en las manos de los fieles. Como recuerda esta misma instrucción, las prescripciones de la Iglesia y los textos de los Padres atestiguan abundantemente el respeto muy profundo y las grandes precauciones que rodeaban a la Santa Eucaristía¹⁰² y que deben seguir rodeándola. En particular, cuando se recibe la comunión de esta manera, conviene observar ciertas precauciones, como lo exige la propia experiencia. Se debe actuar con cuidado y atención constantes, sobre todo en lo que se refiere a los fragmentos que pudieran desprenderse de las hostias. Esto concierne tanto al que distribuye como al fiel, siempre que la sagrada especie se deposite en la mano del comulgante.¹⁰³ » Poco antes, la Congregación para la Defensa de la Fe había reafirmado, en una declaración relativa a diversas dudas, que la presencia real, y por tanto la presencia verdadera de Cristo, se refería también a los fragmentos que se habían desprendido de una hostia consagrada y que, por consiguiente, debían respetarse las prescripciones relativas a la purificación de la patena y del cáliz¹⁰⁴. ¿Se rodea hoy «la sagrada Eucaristía de un respeto muy profundo y de grandes precauciones», como lo hacían los Padres? ¿Se observan un «cuidado y una atención continuos», en particular en lo que respecta a los fragmentos? Todos aquellos que puedan y quieran mirar saben cómo responder a estas preguntas. No se trata de algunos excesos o abusos, aquí y allá. La notoria despreocupación se ha convertido en la norma y esto permite concluir que hay una falta de respeto y una fe insuficiente en la presencia real. Todos los riesgos mencionados en la instrucción *Memoriale Domini* que conlleva la comunión en la mano —la disminución del respeto, la profanación del sacramento y la alteración de la fe¹⁰⁵— han aparecido y siguen apareciendo. ¿Por qué, en todas las Iglesias cristianas, todos los ritos han renunciado a la distribución de la comunión

¹⁰⁰ KIRCHE, *Ökumene, Politik*, Einsiedeln, Johannes Verlag, 1987, p. 19.

¹⁰¹ Entre los ortodoxos, se sigue tomando en serio la advertencia de san Cirilo de Jerusalén, que pide que se vele por que no se pierda ni la más mínima partícula del cuerpo ni la más mínima gota de sangre de Cristo. Y no solo en teoría, sino también en la práctica, como atestiguan diversas medidas de precaución. Cf. Christian FELMY, «Customs and practices surrounding holy Communion in the eastern orthodox Churches», en *Bread of Heaven. Customs and Practices Surrounding Holy Communion*, editado por Charles Caspers, Gerard Lukken, Gerrard Rouwhorst, Kampen, Kok Pharos Publishing House, 1995, pp. 41-59, aquí p. 47 y ss.

¹⁰² Instr. *Memoriale Domini*, 29 de mayo de 1969; AAS 61 [1969], 542.

¹⁰³ Instr. *Immense caritatis*, 29 de enero de 1973, AAS 65 [1973], pp. 264-271, aquí p. 270.

¹⁰⁴ Declaración del 2 de mayo de 1972, *Notitiæ*, 8 [1972], 227.

¹⁰⁵ Cf. AAS 61 [1969], 544.

¿En la mano? No porque haya cambiado la forma de las hostias, como creen algunos. Jungmann, por ejemplo, piensa que una de las causas residiría en el paso al pan sin levadura ^{n. 106}. Esto no puede ser cierto, aunque solo sea porque en Oriente no ha tenido lugar: allí se ha utilizado siempre pan sin levadura. Si, como Nußba, p. ¹⁰⁷, se quiere explicar la modificación de la práctica eucarística por un cambio en la forma de las hostias (que se convirtieron en oblatos aplanados), hay que tener en cuenta entonces una circunstancia decisiva: en Oriente, la forma no ha cambiado. ¿Por qué, entonces, no se produjo el cambio en todos los ritos? «La verdadera causa debería buscarse más bien en el hecho de que no se han tenido experiencias satisfactorias con la comunión en la mano de los laicos. [...] Son las mismas experiencias que se viven hoy y que se vivirán cada vez más: las que van desde la falta de respeto en la recepción hasta el abuso caracterizado de la sagrada Eucaristía con fines supersticiosos e incluso satánicos (misas negras).108» Klaus Gamber escribió estas líneas en 1970. Sus proféticas palabras se han cumplido todas.

El respeto manifestado por los Padres y la fe cada vez más profunda han dado lugar, tanto en Oriente como en Occidente, a una forma de recibir la comunión que expresa de manera más adecuada la fe en la presencia real y el respeto debido a los fragmentos separados de las especies sacramentales, es decir, la comunión en los labios. El respeto, la fe y el deseo de que estas dos realidades se expresen cada vez más perfectamente en el rito: tal es el espíritu de la Iglesia primitiva, el espíritu de los Padres. La comunión en los labios es fruto de esta preocupación amorosa. La instrucción *Memoriale Domini* insiste en que la comunión en los labios debe conservarse, «no solo porque cuenta con una tradición multisecular, sino sobre todo porque expresa el respeto de los fieles hacia la Eucaristía . 109»

La comunión en la boca «permite garantizar más eficazmente que la sagrada comunión se distribuya con el respeto, el sentido de las conveniencias y la dignidad deseados, y que se evite todo riesgo de profanación de las especies eucarísticas en las que «de manera singular Cristo entero está sustancial y continuamente presente en la unidad de su divinidad y de su humanidad » . ¹¹⁰, y, por último, de garantizar que se respete escrupulosa y cuidadosamente la preocupación por los restos de hostias consagradas que la Iglesia no ha dejado de fomentar . 111»

¹⁰⁶ Cf. *Missarum Sollemnia*, II, op. cit., p. 463.

¹⁰⁷ *Die Handkommunion*, op. cit., p. 28.

¹⁰⁸ Klaus GAMBER, *Ritus Modernus*, op. cit., p. 52.

¹⁰⁹ AAS, 61 [1969], 543.

¹¹⁰ Instr. *Eucharisticum mysterium*, n. 9, AAS, 59 [1967], 547.

¹¹¹ *Memoriale Domini*, AAS, 61 [196], 543.